



COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 1745

*Del académico de número don Daniel
Antoniotti, acerca de*

LOS 30 AÑOS DE LA MUERTE DE HÉCTOR GAGLIARDI

Señora Presidente:

El 19 de enero de 2014 se cumplieron 30 años de la muerte, en la ciudad de Mar del Plata, de Héctor Gagliardi, “el Triste”, como se lo solía presentar. Hombre de una porteñidad sin vacilaciones, profesional de la poesía en el sentido más crematístico de la expresión, en cuanto a que las ventas de sus libros y discos, sus recitales en radio, televisión y salas teatrales le proporcionaron un medio de vida como a pocos de ese oficio en nuestro país y en otros. Había nacido en el barrio de Constitución en 1909 y su temprano vínculo con Celedonio Flores le abrió las puertas a la posibilidad de declamar en público sus versos. En eso estaba, en un bar de la Cortada Carabelas, cuando a principios de los '40 lo vio un productor de Radio Belgrano que lo llevó a esa emisora, y a partir de allí se inició una carrera que no cesaría hasta el final de su vida.

Lo primero que se me ocurre remarcar es que Gagliardi fue un poeta menospreciado. Es cierto que no se trata de un autor que muestre un gran vuelo literario y que la impronta sensiblera siempre lo acompañó. Pero estos y otros defectos que se le pueden señalar abundan en muchísimos poetas voluntariosos que no alcanzaron la menor notoriedad. Cabe agregar que él mismo se definía como un poeta menor. ¿Qué distinguió a Gagliardi? Lo que le dio su enorme y persistente popularidad fue su capacidad de observación de los microclimas porteños de su época. Gobello destaca su aptitud para el retrato de personajes anónimos, y no se equivoca. Pero a lo mejor se queda corto, porque sus descripciones, además, poseen un enorme valor sociológico. Creo que el historiador que quiera analizar detalles domésticos de la Buenos Aires que va de fines de los '30 a principios de los '60 va a encontrar una cantera muy productiva en esa versificación tan fácil de comprender, como tierna e irónica por momentos, en un marco general de ingenuidad.

La corriente historiográfica de lo que se da en llamar “historia de la vida cotidiana” podría encontrar en esta poesía pormenores, a veces microscópicos, que solo el ojo clínico de Gagliardi alcanzó a testimoniar en letra impresa para la posteridad. Es ponderable ese hiperrealismo fotográfico del entorno en el que se desarrollan las nimias anécdotas centrales de sus relatos. Cómo se daban los noviazgos, las visitas de parientes, las fiestas de casamiento, el juego de bolitas, las tías solteronas, los tíos calaveras, las descripciones de un dormitorio, de una cocina, de un mueble, de un florero, de un piano, la ropa formal, la informal, los zapatos nuevos y los agujereados, las comidas, las bebidas, el pase de pelota en un picado haciendo un rebote con la pared. Comparable, en ese sentido, a cierto cine argentino de la época, me refiero naturalmente al que prescindía del teléfono blanco y el mayordomo. Su idioma porteño, muy seguro y natural, a pesar de la métrica, con algún que otro lunfardismo oportuno, es terreno fértil para el análisis del habla urbana de aquellos años.

La mayoría de los estudiosos y antologistas de la poesía de Buenos Aires, aun los que se ocuparon de la letrística tanguera, lo ignoraron de manera hartamente injusta, pues si bien es cierto que estaba lejos de poder pretender la figuración en el olimpo de las letras, era inocultable el fenómeno de lectura masivo de sus versos con el reflejo

fidedigno de sectores sociales medios y un poco más bajos. Hablo de más de un millón de ejemplares de sus libros vendidos, una cifra inalcanzable para cualquier otro que publicara versos, lo que debió merecer alguna alusión, más allá de los adjetivos, aunque estos fuesen peyorativos. Este desdén no lo puedo atribuir a ninguna otra razón que no sea el prejuicio.

En cambio, esos méritos que señalé en su producción sí fueron advertidos por algunas personalidades de la cultura popular que prologaron cuatro de sus libros, esos libros que supieron de infinitas reediciones. Estos destacados prologuistas fueron: Alberto Vaccarezza, en *Puñado de emociones*; Homero Manzi, en *Por las calles del recuerdo*; Cátulo Castillo, en *Esquina de barrio*, y Enzo Ardigó, en *Versos de mi ciudad*.

La extendida repercusión de su labor lo llevó a giras por el interior, por países limítrofes y más allá también. Incluso durante algún período residió en México. Lo recuerdo al propio Gagliardi, en sus últimos años, contando un viaje por Australia, donde había brindado recitales ante colonias de argentinos, uruguayos y chilenos, residentes en ese país.

Merece destacarse, asimismo, su condición de letrista de tango. Por citar algunos nombres, vale recordar que Aníbal Troilo le musicalizó “Media noche” y “Claro de Luna”; Leopoldo Federico, “Yo te recuerdo, tranvía”; Donato Racciatti, “Uruguay, yo te saludo”; Carlos Di Sarli, “Ciudad Universitaria”; Enrique Mario Francini, la milonga “Alergia” y Carlos Dante y Pedro Noda, el vals “Primer beso”.

Para cerrar esta evocación por un aniversario redondo de su muerte, me remito a la estrofa fúnebre con la que concluye su semblanza de la Calle Corrientes:

Sos hija del Luna Park,
con la avenida Madero,
te canto porque te quiero,
banderín de mi ciudad.
Si tu punto terminal
es el mío... Chacarita...
donde un coro de floristas
nos cantan el funeral.

Buenos Aires, 5 de abril de 2014

DANIEL ANTONIOTTI
Académico de número
Titular del Sillón “Enrique González Tuñón”